

CIRCULARIDADES CAMBIANTES: LA MUERTE EN LAS HUMANIDADES Y LAS CIENCIAS SOCIALES DEL SIGLO XX

**CHANGING CIRCULARITIES: DEATH IN THE HUMANITIES
AND SOCIAL SCIENCES OF THE 20TH CENTURY**

STEVEN F. GONZÁLEZ PEDROZA*
INVESTIGADOR INDEPENDIENTE. CALI, COLOMBIA
<https://orcid.org/0000-0002-6940-7605>

ERLY JOSÉ RUIZ IRIGOYEN**
UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA
<https://orcid.org/0000-0001-9830-0615>

Fecha de recepción: 22/06/24 – Fecha de aceptación: 12/11/2024
<https://doi.org/10.54642/RVAC.2024.30.2.03>

* Sociólogo de la Universidad Central de Venezuela (2016). Magíster en Filosofía (Universidad del Valle, Cali, Colombia, 2020). Ha trabajado en proyectos relacionados con educación, arte, protección e integración social. Líneas de investigación: a) movilidad humana; b) cultura y sociedad en Venezuela; c) hermenéutica y ciencias sociales.

Correo-e: sfgonzalezp93@gmail.com

** Sociólogo de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela (FaCES-UCV, 2008); Mg. Sc. en Filosofía de las Ciencias Humanas de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV, 2023. Profesor en la categoría de Asistente en el Departamento de Teoría Social, Escuela de Sociología (FaCES-UCV).

Correo-e: erly.dolli@gmail.com



Resumen

El siguiente artículo explora los principales dilemas e interpretaciones sobre el fenómeno de la muerte dentro del campo de las Humanidades y Ciencias Sociales durante el siglo XX a través de una metodología documental y desde una perspectiva filosófica-sociológica. Se inicia con lecturas ligadas al campo de las filosofías de la primera parte del siglo XX, con Miguel de Unamuno y su lectura sobre la muerte y la inmortalidad, para continuar con Martin Heidegger y la distinción entre estar-vuelto-hacia-el-fin y fenecer. A continuación, se comenta el papel de la ética de cara a la aparición *del otro* de la mano de Byung-Chul Han, para continuar con Norbert Elias y la emergencia del cambio civilizatorio y su influencia sobre la muerte en clave social y comunitaria. Finalmente se cierra con la interpretación de Gilles Lipovetsky a propósito de la impronta posmoderna y su influjo en el desenvolvimiento de los derechos subjetivos frente al fenómeno de la muerte. Se concluye que las dimensiones filosóficas presentadas permiten abordar diversos puntos de partida a lo largo del siglo XX con el horizonte en la integración comprensiva: pensar la muerte es adentrarse en una situación histórica, ideológica y social.

Palabras clave: Civilización / Ética / Inmortalidad / Muerte / Subjetividad

Abstract

The following article explores the main dilemmas and interpretations of the phenomenon of death within the field of humanities and social sciences during the 20th century through a documentary methodology and from a philosophical-sociological perspective. It begins with readings linked to the field of philosophies of the first part of the 20th century, with Miguel de Unamuno and his reading on death and immortality, to continue with Martin Heidegger and the distinction between being-turned-towards-the-end and die. Next, the role of ethics in the face of the emergence of the other is discussed by Byung-Chul Han, to continue with Norbert Elias and the emergence of civilizational change and its influence on death in a social and community key. Finally, it closes with Gilles Lipovetsky's interpretation of the postmodern imprint and its influence on the development of subjective rights in the face of the phenomenon of death. It is concluded that the philosophical dimensions presented allow us to address various starting points throughout the 20th century with the horizon of comprehensive integration: To think about death is to enter into a historical, ideological and social situation.

Keywords: Civilization / Death / Ethics / Immortality / Subjectivity

JEL: Z19

INTRODUCCIÓN

El comienzo de la lógica moderna trajo consigo la consolidación de disciplinas tales como la matemática, la biología y la física. Gracias a su desenvolvimiento, cada disciplina cuenta con particularidades y reglas elementales que definen su campo y su manera de acercarse a la realidad. Algo inmutable en estas disciplinas fue la consolidación de leyes inamovibles, que de alguna forma daban cuenta de patrones que guiaban la manera de tratar la realidad en sus propios campos de interés.

Las Humanidades y las Ciencias Sociales intentaron replicar dicha fórmula. En un principio, se buscó una sincronía entre los estados de evolución social, así como teorías que asegurasen una clarificación sobre el pasado, para así entender el presente y direccionar el futuro. No obstante, esta intención, por noble que fuera, devino en caos y destrucción, ya que la intención de conseguir y consolidar leyes sociales carecía de sentido en un mundo globalizado y, por ende, lleno de diferencias.

Esto lleva, entre otras cosas, a que sea difícil, por no decir imposible, que se equiparen experiencias relacionadas a temas tales como el desarrollo, la economía, el bienestar y la salud, en personas cuyos contextos y creencias difieren entre sí. Así, se encuentra una suerte de aporía en el hecho de que la diversidad es una de las pocas leyes inquebrantables de las sociedades modernas y contemporáneas.

Asímismo, y a la par de este fenómeno, hay unos cuantos elementos adicionales que podrían asemejarse en el resto de las sociedades. Por ejemplo, en la totalidad de las sociedades hay ritos, tradiciones y maneras de pensar que sirven de factor diferencial entre culturas, sujetos y comunidades. De igual modo, hay eventos en particular que, de manera objetiva, dan espacio para que las costumbres hagan su camino dentro de un grupo social. Tal es el caso de la circularidad elemental de la vida, a través de su inicio y su final, entendidos ambos dentro del esquema de nacimientos y decesos, que a su vez suponen una regla elemental dentro de cada sociedad. O de manera sencilla: en todas las culturas y sociedades las personas nacen y mueren de manera invariable.

Sobre este último punto se sitúa la atención de esta investigación, teniendo por objetivo principal indagar en los principales dilemas e interpretaciones sobre el fenómeno de la muerte dentro del campo de las Humanidades y Ciencias Sociales durante el siglo XX. En relación a la información necesaria para su consecución, la investigación es de tipo documental, su abordaje exploratorio y su perspectiva filosófica-sociológica. Para esto se trata la posición de cinco autores de las áreas mencionadas, quienes brindan puntos de vista sobre la dinamicidad y el cambio de la manera como se comprende el fenómeno de la muerte en el contexto de las sociedades modernas y contemporáneas.

Se inicia con lecturas ligadas al campo de las filosofías de la primera parte del siglo XX, con Miguel de Unamuno y su lectura sobre la muerte y la inmortalidad, para continuar con Martin Heidegger y la distinción entre estar-vuelto-hacia-el-fin y fenecer. Posterior a estas dos lecturas, se brindan aspectos más ligados al campo de las ciencias sociales en clave contemporánea. Para esto, se comenta el papel de la ética de cara a la aparición *del otro* de la mano de Byung-Chul Han, para continuar con Norbert Elias y la emergencia del cambio civilizatorio y su influencia sobre la muerte en clave social y comunitaria. Finalmente se cierra con la interpretación de Gilles Lipovetsky a propósito de la impronta posmoderna y su influjo en el desenvolvimiento de los derechos subjetivos frente al fenómeno de la muerte. Con estas representaciones, se evalúa el cambio en la reflexión en torno a éste, destacando puntos de interés y lecturas que se mantienen vigentes y que se relacionan de manera clara con dinámicas suscitadas en el contexto contemporáneo.

MUERTE E INMORTALIDAD

La reflexión humana ha evolucionado a lo largo del tiempo. Las concepciones del mundo que se tienen hoy en día serán vistas de manera diferente dentro de 100 años. Las maneras de pensar del pasado tienen problemas para sostenerse ante el cambio de la sociedad. La lucha por los derechos humanos es una muestra de esto: cuestiones que en un principio se trataron de exigencias individuales han mutado hacia un rótulo comunitario y público, logrando finalmente tener un posicionamiento social de gran escala.

En un sentido similar, ha venido mutando la reflexión en torno al ser humano y su estancia en el mundo. El paso de creencias rígidas, llenas de ingredientes mágico-religiosos, hacia sociedades seculares donde el centro se encontraba en el cálculo y la lógica ha sido bien documentado (Weber, 2001), llegando por momentos hacia un tránsito que cada vez más habla de un renacer y reencarnar de ideas y modos de actuar que se creían superados (Maffesoli, 2009). No obstante, para entender el presente conviene tener idea sobre el devenir del pensamiento en sus distintas dimensiones, atendiendo a factores diversos que puedan dar idea de la dinamicidad de la interpretación sobre lo social.

El punto central de esta disertación se encuentra en tomar la dimensión del cambio que ha tenido lugar sobre el pensamiento acerca de la muerte como fenómeno social. Ella, entendida de manera sencilla, supone el fin de la vida, el misterio sin solución del pensamiento moderno. Asimismo, la muerte tiene connotaciones individuales, sociales, culturales e identitarias que hablan del amplio panorama de interpretaciones y prácticas que surgen en el marco de un fenómeno en particular.

Para Miguel de Unamuno, quizá el filósofo español de mayor importancia de la primera parte del siglo XX, la muerte era un punto de interés dentro del devenir social de su tiempo. En su libro *Del sentimiento trágico de la vida* (1980), Unamuno sienta las bases para su propia filosofía, cuestionando a contemporáneos y lejanos, en un ejercicio de erudición propio de la época. Dicho libro arranca con el postulado fundamental que señala el centro de la obra de Unamuno, que no es

...ni lo humano ni la humanidad, ni el adjetivo simple, ni el adjetivo sustantivado, sino el sustantivo concreto: el hombre. El hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere —sobre todo muere—, el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere, el hombre que se ve y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano (Unamuno, 1980:25).

Diferente a las filosofías reinantes de la época, donde la matemática y la lógica eran el cenit del pensamiento europeo, Unamuno considera al hombre, a la persona concreta, fuera de cualquier objetivismo científico. Unamuno no se conforma con caracterizar al hombre como el centro de la filosofía, sino que lo describe como un animal afectivo y sentimental (Unamuno, 1980: 27) cuya principal enfermedad es, paradójicamente, tener conciencia (Unamuno, 1980: 39). La conciencia en este sentido es una condena, ya que pone de frente factores tales como lo son las enfermedades y la mortalidad en sí misma. A este respecto Unamuno retrae su reflexión al pensamiento religioso de la época:

¿Quién no conoce la mítica tragedia del Paraíso? Vivían en él nuestros primeros padres en estado de perfecta salud y de perfecta inocencia, y Yavé les permitía comer del árbol de la vida, y había creado todo para ellos; pero les prohibió probar del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Pero ellos, tentados por la serpiente, modelo de prudencia para el Cristo, probaron de la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal, y quedaron sujetos á las enfermedades todas y a la que es corona y acabamiento de ellas, la muerte, y al trabajo y al progreso (Unamuno,1980:40).

Unamuno replica parte de las críticas iniciales hacia la Ilustración y la modernidad, relacionando ambas como procesos que se inician con la ruptura de la humanidad con la espiritualidad. Siendo testigo de su época y recogiendo parte de la tradición en la que se forma, cataloga al ser humano como un animal que «almacena sus muertos» (Unamuno,1980:41) y que destaca de las demás especies por guardar «(...) de una manera o de otra, sus muertos sin entregarlos al descuido de su madre la tierra todoparidora» (Unamuno,1980:57). Se manifiesta el instinto de conservación que históricamente ha caracterizado a la humanidad y su relación con la muerte. Unamuno lo describe como el instinto de perpetuación que es en

sí mismo el fundamento de la sociedad misma (Unamuno,1980:45). La humanidad lucha por protegerse y perpetuarse, sin embargo, el instinto de perpetuación se magnifica alrededor de la necesidad de mantener la reflexión y la autocomprensión como un esfuerzo colectivo. Prueba de ello se evidencia en los estudios históricos venidos de las Ciencias Sociales y las Humanidades. El instinto es a su vez una lucha contra la muerte, por entender la significación del mundo (Unamuno,1980:50). No obstante, esta significación es una disputa contra la racionalización del mundo, producto de la modernidad. Comenta el filósofo español que «(...) vivir es una cosa y conocer otra, (...) acaso hay entre ellas una tal oposición que podamos decir que todo lo vital es antirracional, no ya sólo irracional, y todo lo racional, anti-vital» (Unamuno,1980:51). Lo antivital en este punto contiene parte de las diatribas de la época, así como una lectura crítica de la temprana influencia de las ciencias naturales sobre el pensamiento social y humanista.

De esta manera, el vivir en sí mismo obtiene un valor que trasciende la temporalidad biológica de la humanidad, siendo la eternidad una de las búsquedas elementales de la reflexión sobre la vida misma. Reflexión que en muchos sentidos hace eco en el pensamiento religioso, al cual Unamuno ve estrechamente relacionado con la muerte como concepto, ya que «(...) toda religión arranca históricamente del culto a los muertos, es decir, a la inmortalidad» (Unamuno,1980:56). Así, la muerte y la inmortalidad se entremezclan y generan el sustrato que permite la emergencia de relatos míticos de distinta índole, pues «este culto, no a la muerte, sino a la inmortalidad, inicia y conserva las religiones» (Unamuno,1980:57). La relación con la muerte se ve influenciada por la inmortalidad, es decir, por la negación de la muerte y la perpetuación del alma. Unamuno mismo comentará de manera personal esta negación, al afirmar que «No quiero morirme, no, no quiero ni quiero quererlo; quiero vivir siempre, siempre, siempre, y vivir yo, este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí, y por esto me tortura el problema de la duración de mi alma, de la mía propia» (Unamuno,1980:60-61). Esto tiene especial relación con el deseo de perpetuación y rememoración sobre la vida que el mismo Unamuno hace en primera persona, ya que el deseo de las personas «(...) es el de que se les recuerde aquí, en la tierra, y se hable de ellos, y es esto lo que más ilumina las tinieblas de su infierno» (Unamuno,1980:65).

SER PARA LA MUERTE

No sería injusto sostener que Martin Heidegger es uno de los filósofos más emblemáticos del siglo XX en incorporar la muerte a su pensamiento. La consideración gira en torno al Ser, concepto fundamental para el alemán. En síntesis, la muerte representa la imposibilidad del Ser. La intersección al Ser conlleva una amplitud

en la comprensión de la muerte, ya que la primera, de acuerdo al teutón, implica la importante distinción entre lo ontológico y lo óntico. La consecuencia más importante de la diferenciación radica en la separación entre el estar-vuelto-hacia-el-fin y perecer.

El estar-vuelto-hacia-el-fin comprende una actitud reflexiva que, en algunas instancias, adquiere el rango de la preocupación. No obstante, es preciso enfatizar que, si bien los términos lucen aparentemente psicológicos, el interés de Heidegger es estrictamente filosófico, es decir, fuera de las tensiones emocionales de la existencia. El Ser como asunto ontológico solicita un trato diferenciado, el cual no es una cuestión estrictamente metafísica. Justamente por ello su posición en cuanto a la muerte se diferencia de filósofos predecesores quienes se ocuparon únicamente de lo óntico.

Si se comprendiese el morir como un «haber llegado al fin» en el sentido de un finar de la forma expuesta, se tomaría al «ser ahí» por algo ‘ante los ojos’ o ‘a la mano’. En la muerte, ni ha llegado el «ser ahí» a su plenitud, ni ha desaparecido simplemente, ni menos está ‘concluido’ o está totalmente a nuestra disposición como algo ‘a la mano’ (Heidegger, 1993:268).

La exclusión de lo óntico, a partir de la pureza metodológica, apunta a una precomprensión de la muerte, ya que una investigación óntica de la muerte «se concentraría en un ente particular moviéndose en un “ámbito” o “provincia” precisa y se ocuparía, por ejemplo, de los varios modos del “tránsito”, formas de morir, modalidades en la experiencia de la muerte, etc» (Schumacher, 2018:77). Para el alemán existen dos tipos de final del ente. El primero, fenecer, propio de los animales, incapaces de relacionarse con la muerte como tal. El segundo, fallecer, estado intermedio entre el primero y el morir propio. Sólo el hombre tiene acceso a la muerte en tanto que muerte.

Es preciso tener presente las sutilezas lingüísticas que caracterizan la prosa heideggeriana. Para el teutón, el estado de muerte está fuera de la vida y representa la supresión de toda posibilidad, distinto al «morir propio», cualidad de la existencia (Dasein). Es posible profundizar en la distinción a través de la experiencia. De acuerdo a Wittgenstein, «la muerte no es un evento en la vida. De la muerte no tenemos vivencia alguna» (Wittgenstein en Schumacher, 2018:79). Válido asimismo para el estado de preconcepción: es sólo posible percibirse mientras se está vivo.

Hasta el cadáver «ante los ojos» sigue siendo, teóricamente considerado, un posible objeto de la anatomía patológica la cual tiende a comprender

orientándose aún por la idea de la vida. Lo «no más ante los ojos» es más que una cosa material *sin vida* (Heidegger, 1993:260).

Los elementos más relevantes para el estudio sociológico se encuentran dentro del marco del ente, donde se lidia con el mero estar del cadáver, la asistencia a la muerte del otro y la conmoción existencial que ella supone. El difunto es usualmente acompañado y cuidado, pese a su «mero-estar-ahí». Para Heidegger tales comportamientos no permiten captar el estado de muerte en el que el difunto se encuentra. Desde esta perspectiva, la asistencia deviene en la experiencia del superviviente-espectador, el cual, impedido de experimentar el haber-llegado-al-fin-del-difunto significa la muerte en pérdida. La consideración influye en el sufrimiento que implica la pérdida, cuestión que el teutón enfatiza como imposibilidad para la persona muerta. Dicho en referencia al Ser: el superviviente-espectador continúa siendo, mientras la persona muerta ha llegado al cierre radical de tal posibilidad.

De tal forma, es posible arribar a una de las intersecciones más brillantes de Heidegger en cuanto a la muerte y al ser, la afirmación de la propiedad e intransferibilidad:

Nadie puede tomarle a otro su morir. Cabe, sí, que alguien «vaya a la muerte por otro», pero esto quiere decir siempre: sacrificarse por el otro *en una cosa determinada*. Tal «morir por...» no puede significar nunca que con él se le haya tomado al otro lo más mínimo de su muerte. El morir es algo que cada «ser ahí» tiene que tomar en su caso sobre sí mismo. La muerte es, en la medida en que «es», esencialmente en cada caso la mía (Heidegger, 1993:262).

La fijación y la exclusividad del morir propio implica un rango particular en sí. Por ello, aunque lo característico de la existencia se cierne en atravesar, asistir y sufrir la muerte ajena constantemente, en múltiples formas y cantidades, para el alemán no es lo mismo estar-vuelto-hacia-el-fin. La aseveración no implica un padecimiento, la ansiedad fundamental supone reflexión y pensamiento, es decir, actividad plena, no mera reacción.

UNA ÉTICA DE LA MUERTE

En Unamuno hay una negación de la muerte para abrir la puerta a la inmortalidad. Esta negación se encuentra en una posición distinta a la sostenida por el filósofo surcoreano Byung-Chul Han, quien en su texto *Caras de la muerte* (2020) destaca una manera diferente de interpretar dicho fenómeno, en la medida en que no niega la muerte, si no que la evalúa como un puente que puede posibilitar el pensar,

invitando así a «(...) un pensar que recorra la muerte, que se arrime a ella, estar dispuestos a que sea la muerte la que nos dé el pensar»(Han, 2020:12). En este recorrido, Han hace un repaso por grandes pensadores como Adorno, Heidegger y Levinas, todos los cuales tuvieron tiempos diferentes a los de Unamuno, sin por ello renunciar a la crítica de la racionalización constante del mundo. En sus investigaciones filosóficas, Han resalta aspectos tales como la situación de la muerte en las sociedades contemporáneas y su apertura como posibilidad ética de encuentro con el otro.

Sobre la situación de la muerte en las sociedades contemporáneas, Han comenta que al muerto «(...) no se le puede brindar ninguna asistencia, ni auténtica ni inauténtica. Al muerto no se le pueden quitar sus preocupaciones ni ayudarle a que se haga cargo de ellas propiamente» (Han, 2020:20). Esto parece cosa menor, una obviedad quizá, sin embargo, Han resalta este punto a la luz de las exigencias de las sociedades contemporáneas, donde la muerte como evento genera que los muertos sean «(...) un residuo no reciclable ni economizable» que disminuye «la efectividad de la vida» (Han, 2020:28).

En este sentido, Han comenta que «La economía de la vida exige que la muerte sea reprimida, capitalizada, y que el muerto sea eliminado y expulsado a un crematorio que sirva para la economía de la vida, en la creencia de que esta vida protegida de la muerte ya no producirá más residuos propios» (Han, 2020:28). En este contexto, «la muerte pasa a ser un tema de entretenimiento», donde la risa generada en medio del entretenimiento «tiene algo de siniestro e histérico» que no habla de otra cosa que de «un horror reprimido» (Han, 2020:32). Por otro lado, la muerte y su duelo perjudican la economía del trabajo (Han, 2020:38), ya que quebranta y abre heridas en la conciencia (Han, 2020:39). Esta manera de concebir la muerte hace eco sobre las reflexiones de Unamuno, las cuales, aun siendo distintas a las venidas por la lógica moderna, no escapan del temor producido por la muerte. Mientras Unamuno se encarga de pensar en la inmortalidad y el instinto de perpetuación como un camino a seguir por la humanidad, Han exhibe una realidad cruda donde la muerte es sólo objeto de entretenimiento en la sociedad de masas, siendo por momentos un obstáculo dentro de las metas trazadas por el modo de producción capitalista.

Como se ha comentado en líneas anteriores, Han ve en la muerte una posibilidad ética de encuentro con el otro. En primer lugar, alerta sobre una realidad ineludible: «El pensamiento de lo distinto o de lo ajeno queda incompleto sin la reflexión sobre la muerte» (Han, 2020:24). Es decir, no podemos obviar su importancia en el devenir social y las implicaciones que tiene a partir de sus distintas dimensiones. En segundo lugar, llama la atención sobre la apatía que lleva a ocultar la muerte,

llevando inclusive a que esta apatía se convierta en una cosificación de la vida misma (Han, 2020:31). De lo que se trata, es de tomar en serio la singularidad de la persona ante su muerte (Han, 2020:37), abriendo el espacio no para ocultar sino para reflexionar sobre la persona fuera de cualquier imperativo momentáneo o de producción. Se abre así la oportunidad de pensar en el otro dentro del fenómeno de la muerte:

La muerte pensada como final de la actividad no me muestra el «rostro» del otro, sino que con su «rostro» el otro interviene dialécticamente en la tensión antagónica entre el yo y la muerte. El otro relaja al yo traumatizado por el acontecimiento de la muerte. No es la muerte lo que intermedia entre el yo y el otro reconciliándolos. Más bien, el otro resuelve la relación antagónica entre el yo y la muerte (Han, 2020:62).

El otro acerca y sublima a la muerte, haciéndola más comprensible y menos antagónica. En ese sentido, el otro abre una comprensión diferente al fenómeno, siendo visible y por lo tanto allegado a la realidad propia. Así, la muerte ya no sería cuestión de un yo, sino una cuestión sobre todo social. Al olvidar la muerte como algo propio y privado que solo afecta al individuo, se permite avizorar al otro y se posibilita la llegada de la bondad (Han, 2020:69). «La preocupación que teme la muerte del otro es un infinito estar atento al otro» (Han, 2020:70). Se hace presente la responsabilidad como una característica social que permite salir de la prisión de la mismidad y la indiferencia hacia el otro (Han, 2020:70). El punto de la mismidad es llamativo, ya que la preocupación no cae sobre la propia muerte como situación indeseable o enigmática; por el contrario y bajo los cánones éticos recogidos por Han, «la indiferencia hacia mi muerte me hace en cierto sentido inmortal» (Han, 2020:78). Se evidencia así el cambio de pensamiento en la reflexión sobre la muerte, teniendo polos aparentemente opuestos que apuntan de igual modo a la inmortalidad, a la superación de la muerte bajo mecanismos totalmente distintos. En Unamuno es a través de la comprensión del mundo, mientras que en Han es a través de la relación con el otro. Sobre esto, comenta que

La ética de la muerte, que emana de lo finito y se queda en lo finito, libera tanto de la coerción del yo como de la coerción del otro. No se busca un sentido infinito que presuponga una «superación de la muerte». Más bien se pregunta por una experiencia de la finitud que despierte o agudice el sentido para percibir al otro. Es el sentido de la acogida aquel con el que, a través de la muerte, uno escucha al otro y se vuelve atento a él. Lo que mantiene la apertura y el estar atento a lo otro y al otro no es el olvido ni la «superación de la muerte», sino justamente la permanente rememoración de la muerte» (Han, 2020:80-81).

La rememoración de la muerte, y no su superación, abre camino al otro lejos de su cosificación u ocultamiento. Se busca percibir al otro, siendo atento y bondadoso, así como indiferente a la individualidad del destino. Como se verá a continuación, el imperativo ético expuesto por Han resulta necesario dada la realidad contemporánea, donde la modernidad no solo oculta, sino que también aísla e individualiza cada vez más a la muerte en los contextos actuales.

AISLAMIENTO Y CAMBIO CIVILIZATORIO

Se ha repasado, de manera inicial, cómo la filosofía, en momentos históricos y lugares totalmente diferentes, ha evaluado la muerte. Ahora se entra a evaluar cómo ha sido la interpretación de este fenómeno desde unas ciencias sociales alternas y posmodernas. Para esto se evaluará la lectura hecha por Norbert Elias, sociólogo alemán que valora la muerte desde los lentes del cambio civilizatorio producido por la modernidad. En su texto *La soledad de los moribundos* (2022), Elias inicia su reflexión comentando la importancia del mito como una manera antigua e histórica de «entendérselas con la finitud de la vida» (Elias, 2022:19,20). El mito ofrece a las personas, entre otras cosas, «alivio ante el conocimiento de que un día ya no existirán» y «esperanza en una forma de eternidad para su existencia» (Elias,2022:25). No obstante, en la actualidad, el mito se encuentra en una situación diferente dada la irrupción de la modernidad, la cual ha generado tanto un aumento en la esperanza de vida como una previsibilidad sin precedentes en la historia de la humanidad (Elias,2022:27). La pacificación y la erupción del Estado moderno han cambiado de igual forma la dinámica de violencia que acompañó históricamente a la humanidad (Elias, 2022:27). Dado este contexto, el mito tiene una resignificación diferente, siendo más voluble y dependiente del desarrollo de las sociedades. Elías lo expone así:

Al parecer, el aferrarse a una creencia sobrenatural, que promete una protección metafísica frente a los imprevisibles reveses del destino y sobre todo frente a la propia caducidad, sigue siendo una actitud mucho más apasionada entre aquellas clases y grupos en los que la duración de la vida es más incierta y escapa en mayor medida a su propio control. Pero grosso modo, en las sociedades más desarrolladas los peligros en la vida de las personas, incluido el peligro de muerte, se han hecho más previsibles, y en esa misma medida se ha atemperado la necesidad de poderes protectores sobrenaturales. Al aumentar la inseguridad de la sociedad, al hacerse mayor la incapacidad del individuo de prever su propio futuro a largo plazo, y de gobernarlo –hasta cierto punto– por sí mismo, es comprensible que estas necesidades vuelvan a crecer de nuevo (Elias, 2022:28).

En este punto, Elias se suma a la diatriba contemporánea en torno a la previsibilidad e incertidumbre, donde la libertad y la seguridad entran a jugar un papel fundamental en la conformación de los derechos y deberes de las sociedades y comunidades en la actualidad. No obstante, lo señalado por Elias apunta claramente hacia la incertidumbre como un propulsor del mito, como una de las razones que empuja al fortalecimiento de las creencias mágico-religiosas. La modernidad acorta la incertidumbre, ofreciendo certezas y seguridades en su camino.

No es capaz de detener la muerte o explicar qué viene luego del deceso de las personas, pero puede liberarlas de una «espantosa agonía» y asegurar una «muerte tranquila» (Elias, 2022:36). Y así como puede aminorar la agonía, la modernidad y su cambio civilizatorio han logrado desaparecer a los moribundos y los cadáveres con gran higiene y habilidad técnica (Elias, 2022:48-49). Del mismo modo, se exige mayor reserva en cuanto a la expresión de «emociones y afectos espontáneos fuertes» (Elias, 2022:55), generando esto un diagnóstico similar al expuesto por Han, en la medida en que la muerte pareciera ser cuestión de entretenimiento, sin posibilidad de otorgar otro tipo de relación a su acontecimiento. El animal afectivo de Unamuno muta con el cambio civilizatorio. Así, la modernidad promete menos incertidumbre y mayor control en las sociedades contemporáneas.

La idea de la implacabilidad de los procesos naturales se suaviza con el conocimiento de que también son controlables. Hoy más que nunca puede esperarse aplazar la propia muerte gracias al arte de los médicos, a la dieta y a los medicamentos. En ningún momento anterior de la historia de la humanidad se ha hablado tanto, a todo lo ancho de la sociedad, de métodos más o menos científicos para prolongar la vida. El sueño del elixir de la vida y de la fuente de la juventud es sin duda muy antiguo. Pero sólo en nuestros días ha tomado forma científica o, según los casos, pseudo-científica. Al conocimiento de que la muerte es inevitable se le sobrepone el esfuerzo de aplazarla más y más con ayuda de los médicos y de los seguros, y la esperanza de conseguirlo (Elias, 2022:81-82).

Surge la ciencia y su influencia en la percepción y abordaje de la muerte. Hasta este punto, se ha esbozado de manera sucinta cómo el cambio civilizatorio ha abordado el fenómeno de la muerte. Ahora, es necesario analizar la posición de los sujetos involucrados en este fenómeno, es decir, los difuntos, dentro de esta estructura social. El diagnóstico de Elias se hace claro: tanto los muertos como la muerte misma han sido marginados en el contexto moderno. El preámbulo de la muerte sirve como el primer momento de lejanía, ya que la decadencia y las enfermedades comienzan a aislar a moribundos de la «comunidad de los vivos», cortando así con afectos y seguridades que se creían estables (Elias, 2022:20).

Los vivos se hacen presentes en Elias, así como el otro se hizo presente en Han, no a partir de una ética o una relación empática. Por el contrario, en Elias los vivos «encuentran difícil identificarse con los moribundos», pues como tal la muerte resulta un problema para los vivos (Elias, 2022:22-23). Dirá Elias que «(...) lo que crea problemas al hombre no es la muerte, sino el saber de la muerte» (Elias, 2022:24). La conciencia de la muerte, tener conocimiento sobre ella, incompleto, pero conocimiento al fin, es la maldición de los vivos en la era moderna, haciendo esto eco en la conciencia como enfermedad del ser humano dentro de la interpretación de Unamuno. De igual modo, la muerte resulta un problema por su falta de cotidianidad, lo que ocasiona que sea fácil olvidarla y reprimirla al mismo tiempo (Elias, 2022:29); esto sobre todo si se compara con el tratamiento que se le daba en la antigüedad, donde la muerte era más visible y cercana. Como ejemplo, Elias comenta que «(...) en la Edad Media se hablaba con más frecuencia y más abiertamente de la muerte y del morir de lo que se hace en la actualidad» (Elias, 2022:36). Asimismo, comenta Elias:

Como sociedad, la Edad Media se presenta como una era sobremanera inquieta. La violencia era un hecho cotidiano; las disputas, más enconadas; la guerra era antes la regla; la paz, antes la excepción. La peste y otras pandemias barrían la faz de la Tierra. A millares morían, en medio del dolor y la inmundicia, hombres, mujeres y niños, sin ayuda ni consuelo. Cada pocos años, las malas cosechas hacían escasear el pan para los pobres. Multitud de mendigos y lisiados formaban parte de la escena normal en el paisaje del Medievo. La gente, tan pronto era capaz de la mayor bondad como de la crueldad más ruda; del placer manifiesto ante el tormento de otros como de la total indiferencia ante su menesterosidad (Elias, 2022:38).

El cambio civilizatorio cambia el panorama, otorga tranquilidad, estabilidad y orden al escenario occidental. En épocas anteriores, la muerte era una cuestión mucho más pública (Elias, 2022:41), cuestión que cambia en la actualidad y en la que inclusive las instituciones tienen un papel importante, contribuyendo en gran medida «a la soledad del moribundo» (Elias, 2022:55). Así, la muerte se interpreta como un tabú, como un evento que lleva a la persona a estar a la defensiva y a tener sentimiento de embarazo (Elias, 2022:77). Esto lleva a que Elias profundice en su crítica a la sociedad actual, la cual, lejos de afianzar sus lazos con la comunidad, así como ha fortalecido sus lazos con la ciencia y la técnica, se autodefine desde el interiorismo, desde la completa separación de su entorno (Elias, 2022:92-93).

En este tipo de sociedades, donde el desarrollo asegura certezas, control y modos de producción ligados a la lógica moderna, el individuo sale victorioso como

emblema de una nueva era. Al caracterizar a este tipo de sujeto, el concepto de soledad se hace relevante en Elias, porque la soledad en sí,

(...) se refiere también a una persona que vive en medio de otras muchas pero que carece por completo de importancia para ellas, siéndoles indiferente que exista o que no exista, al haber roto todos los vínculos afectivos que con ella pudiera haber habido (Elias, 2022:104- 105).

No es de extrañar, entonces, el llamado ético de Han a propósito del lugar del otro en la lógica moderna. La muerte como fenómeno tiene implicaciones de todo tipo para el entramado social. A continuación, se evaluará desde una óptica posmoderna, donde el individuo es el centro del mundo.

LA MUERTE EN LA POSMODERNIDAD

Es posible comprender la clave civilizatoria posmoderna a través de la intersección de dos formas de amplificación propias del siglo XX. Si bien el exterminio ha acompañado a la historia humana a lo largo de su travesía, a partir de la mitad del siglo pasado pasa a ser tanto masivo como televisado. La muerte adquiere proporciones gigantescas involucrando a quienes inclusive no le han dedicado un ápice de pensamiento al asunto. Pregunta Lipovetsky

¿Alguna vez se organizó tanto, se edificó, se acumuló tanto y, simultáneamente se estuvo alguna vez tan atormentado por la pasión de la nada, de la tabla rasa, de la exterminación total? En este tiempo en que las formas de aniquilación adquieren dimensiones planetarias, el desierto, fin y medio de la civilización designa esa figura trágica que la modernidad prefiere la reflexión metafísica sobre la nada (Lipovetsky, 2000:34).

La técnica contemporánea formula la posibilidad de una desaparición inmediata e integral (subjetiva y objetual), asunto tratado por la literatura y la producción audiovisual como la preocupación por la transformación del mundo en *toxic waste land*. La presencia de la metáfora del desierto consta como un llamado de atención a la ansiedad fundamental que distingue la nada del vacío.

La principal distinción radica en su vinculación con la pérdida de sentido que caracteriza la contemporaneidad producto de la ausencia de instituciones que, si bien comprenden la muerte, no se adecuan a los tiempos corrientes. Vale la pena recalcar que la inquietud encuentra precedente en uno de los más acérrimos enemigos del nihilismo.

Nuestras instituciones no valen ya nada: sobre esto existe unanimidad. Pero esto no depende de ellas, sino de nosotros. Después de haber

perdido todos los instintos de los que brotan las instituciones, estamos perdiendo las instituciones mismas, porque nosotros no servimos ya para ellas (Nietzsche, 2000:122).

En este sentido, en función de la individualidad, la condición mortal es afrontada sin ningún tipo de apoyo. Nuevamente, es necesario acotar, la narrativa persiste: la cuestión es el sentido de lo político o religioso más allá del trato post muerte, disposición del cadáver y conducta del superviviente. A la par de la profundización de la individualidad va la consideración del intimismo como tiranía e incivilidad. La atomización, asunto tratado a principios del siglo XX por Simmel, conlleva a una proximidad antisocial donde no se desea abrumar al otro con las confidencias personales. En relación a la muerte se genera un estado de discreción y recato sentimental.

El aislamiento, la invisibilización y olvido de los muertos habla de una sociedad capaz de grandes hazañas técnicas y de los límites de la modernidad, y el cambio civilizatorio descrito por Elias. Límites que se matizan a partir de la lectura realizada por el sociólogo francés Gilles Lipovetsky, quien en su texto *El crepúsculo del deber* (2011) comenta, de manera resumida y en clave posmoderna, cómo las sociedades actuales se entienden con el fenómeno de la muerte.

En primera instancia, Lipovetsky coincide en el diagnóstico hecho por Elias a propósito del advenimiento del individuo como figura central del cambio civilizatorio acaecido desde la Ilustración, al punto de llegar a afirmar que «(...) cada individuo tiene la obligación incondicional de respetar a la humanidad en sí mismo, de no actuar contra el fin de su naturaleza, de no despojarse de su dignidad innata» (Lipovetsky, 2011:81). En la misma sintonía, Lipovetsky alerta sobre la inmoralidad y el desprecio que suponía disponer de uno mismo a través del suicidio (Lipovetsky, 2011:82). Situación que cambia en la actualidad con la transgresión de valores antiguos, surgiendo la importancia del derecho individual en la discusión. Comentaré Lipovetsky que:

Nuestra época se ha apartado globalmente del esfuerzo de santificación de los deberes individuales concernientes a nuestra conservación o nuestra perfección, poco a poco los himnos a la obligación de respeto hacia uno mismo han caído en desherencia, lo que era un imperativo universal e irrefragable se ha metamorfoseado en derecho individual, lo que provocaba el ostracismo tiende a suscitar indulgencia y comprensión (Lipovetsky, 2011:82).

El individuo genera comprensión e indulgencia, su parecer y modo de comportarse en la sociedad requiere de un trabajo de entendimiento y empatía que no

se registra en estadios anteriores a la modernidad. No hay obligatoriedad rígida, las dinámicas sociales funcionan sobre la base de elección, interés y funcionalidad (Lipovetsky, 2011:83). Para Lipovetsky, esto habla de un cambio, del «hundimiento de la cultura de los deberes individuales y correlativamente el triunfo de la lógica de los derechos subjetivos» (Lipovetsky, 2011:86). Los derechos subjetivos, mencionados por el filósofo francés, van sobre todo de dar un lugar importante a la fragilidad emocional y al valor de autodeterminación individual, sin ningún tipo de bloqueo o compromiso a una lógica dada.

Sorprendentemente, y entrando al punto de la investigación, en este tipo de pensamiento emerge el otro, pues «(...) ya no hay deberes hacia uno mismo, es sólo el respeto a la vida del otro y la consideración de la fragilidad psicológica de las personas» lo que cuenta en debates relativos a la muerte en la actualidad (Lipovetsky, 2011:87).

Los ideales del pasado se pierden, la elección personal toma un lugar importante. El papel jugado por los derechos subjetivos, por encima de los deberes sociales, es de vital importancia para entender las nuevas dinámicas globales. Cuestiones como el suicidio y la eutanasia entran a ser cuestión pública y de debate político, ya que «(...) ningún fin ideal supera el derecho de las personas a disponer de su propia vida, de su propia muerte» (Lipovetsky, 2011:88). Esto viene a complementar la lectura hecha por Elias en torno a las instituciones, ya que la búsqueda y consolidación de los derechos subjetivos pasa justamente por el reconocimiento de los poderes del Estado, los cuales hacen el doble juego de invisibilizar la muerte y a la vez hacerla más digna en nombre del individuo y de sus derechos (Lipovetsky, 2011:88). Sin embargo, Lipovetsky no ve en esto el aislamiento y la decadencia alertados por Elias. Dirá Lipovetsky que,

En la muerte voluntaria se saluda el último acto de libertad del hombre que se niega a la decadencia y a la degradación propias, el derecho a la eutanasia es frecuentemente legitimado en nombre de la dignidad humana: se trata de morir de pie, no como «carne de laboratorio» (Lipovetsky, 2011:90-91).

Se matiza el cambio civilizatorio, al entender que el mismo otorga la posibilidad de tener una muerte digna, sin la misma reducir a la persona a un experimento u objeto más en la lógica institucional. De igual manera, la modernidad hace lo necesario para liberar o mitigar el sufrimiento y el dolor de los moribundos, a tal punto que el cuerpo médico tiene el deber de «abreviar los sufrimientos y respetar la voluntad de los pacientes» (Lipovetsky, 2011:91). Así, el escenario moderno

«privilegia la “calidad” de la muerte frente al logro técnico», priorizando una ética orientada al «respeto del hombre» (Lipovetsky, 2011:92), diferenciándose y complementando al mismo tiempo la postura de Han en torno a la ética necesaria para atender al otro y su relación con la muerte en las sociedades contemporáneas.

CONCLUSIONES

A lo largo de la presente investigación se ha hecho un repaso de la circularidad del fenómeno de la muerte a partir de distintos momentos de la reflexión de las Humanidades y las Ciencias Sociales. Como se ha podido observar, la cuestión ha sido tratada en momentos donde la resistencia al pensamiento moderno se encontraba en pleno apogeo, llegando en la actualidad a ser interpretado desde lógicas que se contradicen y complementan de manera ejemplar.

La muerte es una experiencia que, al igual que el nacimiento y la vida misma, cuenta con cambios y transformaciones dentro de la manera que es concebida dentro de las sociedades a lo largo de la historia. No obstante, las mutaciones interpretativas giran sobre un mismo punto: la presencia de la muerte en el acontecer social. Es ahí donde la noción de circularidad se hace presente, en el recorrido que vuelve a repasar una y otra vez un mismo fenómeno, sin que ello implique que la interpretación se vuelva unívoca o unidireccional. En ese sentido, el foco de esta investigación se sitúa en la variación interpretativa que se evidencia desde el cierre del siglo XIX europeo hasta nuestros días, lo cual no lleva necesariamente a una unidireccionalidad en la comprensión de la muerte; por el contrario, las tradiciones de los autores expuestos demuestran conflictos, resignificaciones y puntos en común que permiten dimensionar la importancia y el lugar de la muerte en la reflexión que viene desde el pasado hasta la actualidad.

En primera instancia se resalta el punto de vista de Unamuno, para quien la importancia de la muerte se encuentra fuera de la muerte misma, pues el fin de la humanidad se sitúa en la rememoración y perpetuación, ámbitos opuestos al deceso total de la persona. Parte de esto se fundamenta en la realidad afectiva de la humanidad, así como en el deseo de alcanzar la inmortalidad, cuestión que permite entender la impronta religiosa de la época. En ese momento la idea de trascendencia rescatada por Unamuno era, sobre todo, una cuestión espiritual y metafísica, ligada a la imagen que la tradición judeocristiana había impuesto sobre la significación de la muerte, sin por ello dejar de destacar elementos románticos que, de una manera u otra, rivalizaban con el frío análisis del empuje moderno y positivista de la época. La preocupación ontológica de Heidegger escinde la cuestión, orientando la discusión a lo individual. No obstante, la distinción entre el ser

y el ente permite situar adecuadamente la experiencia social sobre la misma: estar-vuelto-hacia-el-fin así como el fenecer, constituyen dos puntos de partida que inevitablemente confluyen en la experiencia comunitaria.

Mientras tanto, Han establece una línea ética que permite la aparición del otro. Se entrevé no solo una reflexión fuera del individuo sino también una reflexión sobre la relación. La muerte hace aparecer al otro, permitiendo así que la bondad emerja como una posibilidad dentro de la vida, resultando esto en la relativización del antagonismo de la muerte en la vida contemporánea. El sí mismo se desdibuja en la relación que es posible a través de la muerte. En el momento que la muerte aparece se hace presente un sentido de solidaridad que rebasa lo estrictamente individual. Experiencias comunitarias de pequeña y gran escala dan cuenta de esto. Desde la indignación colectiva, pasando por homenajes póstumos hasta las distintas maneras como las personas se relacionan con el deceso, la muerte es una salida del individuo y pasa a exponer aspectos culturales, psicosociales y comportamentales que hablan de lo colectivo.

No obstante, esta mirada se contrapone con la perspectiva destacada por Elias, quien hace una lectura plenamente sociológica sobre las consecuencias del cambio civilizatorio en torno a los ritos y formas de gestionar la muerte en un sentido social y comunitario. La pacificación, consolidación de las certezas, el derrumbe de los mitos y el avance de la técnica beneficia la adecuación de la muerte a un entorno de aislamiento y soledad que en definitiva hace que el ser humano cuestiona su sentido en el entramado social. Salvo las experiencias traumáticas de los totalitarismos del siglo XX, se observa la manera como la muerte desaparece de las discusiones sociales, de la exposición mediática y de la reflexión generalizada. El cambio civilizatorio tiene mucho que ver con esto, sumado además al empuje de la modernidad y el globalismo exacerbado, donde las luces apuntan hacia el consumo y el bienestar individual, dejando a la muerte misma como un tema lejano a nuestro tiempo, con tintes polémicos, engorroso y desagradables a la vista de la sociedad en general.

Por su parte, Lipovetsky señala un cambio de los deberes individuales hacia derechos subjetivos, destacando la autodeterminación y el respeto a la fragilidad emocional. La eutanasia y el suicidio se vuelven debates públicos, reflejando la primacía del derecho individual sobre la vida y la muerte. La modernidad permite una muerte digna, privilegiando la calidad de la muerte y el respeto al individuo, con la ética médica enfocada en mitigar el sufrimiento y respetar la voluntad del pacientes. En ese sentido, se enaltece la figura del individuo como centro de las preocupaciones de las disciplinas tratadas en esta investigación. Las lecturas de

Elias junto a la perspectiva posmoderna de Lipovetsky permiten tener una antesala a los retos que la humanidad afronta de cara al siglo XXI. En este punto resuenan parte de las reflexiones elaboradas por Yuval Noah Harari sobre la inmortalidad como un objetivo a alcanzar por la humanidad (Harari, 2023: 32), reflexión que en primera instancia resuena a la interpretación de Unamuno y que sin embargo también se relaciona con la lectura de Lipovetsky, en la medida que la muerte se transforma en un problema técnico (Harari, 2023:33) que es abordado con herramientas científicas que alargan la esperanza de vida de una forma nunca antes vista. Así se entiende que «la guerra a la muerte» sea el proyecto más importante del siglo que corre (Harari, 2023:40). Se cumple una nueva circularidad en ciernes: la inmortalidad, tan anhelada por el romanticismo de influencia religiosa, se vuelve en un horizonte de los individuos del siglo XXI, pero en una tónica secular, técnica y moderna.

La circunscripción de la muerte a lo individual no constituye una barrera para la aproximación sociológica. Tal como comentaba Schutz (2003), muchos asuntos sociológicamente relevantes no sólo están atravesados por otras disciplinas, algunas inclusive, tal como la filosofía, preceden y nutren los estudios sociológicos proporcionando marcos adecuados para la orientación de la acción. La dirección de la misma, cuestión tratada en Weber (2001), constituye, además de una racionalización, un asunto eminentemente civilizatorio. En este sentido, las dimensiones filosóficas presentadas permiten abordar diversos puntos de partida a lo largo del siglo XX con el horizonte en la integración comprensiva: pensar la muerte es adentrarse en una situación histórica, ideológica y social.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Elias, N. (2022). *La soledad de los moribundos*. Fondo de Cultura Económica.
- Han, B.-Y. (2020). *Caras de la muerte*. Editorial Herder.
- Harari, Y. N. (2023). *Homo Deus. Breve historia del mañana*. Debate.
- Heidegger, M. (1993). *El ser y el tiempo*. Fondo de Cultura Económica.
- Lipovetsky, G. (2011). *El crepúsculo del deber*. Editorial Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2000). *La era del vacío*. Editorial Anagrama.
- Maffesoli, M. (2009). *El reencantamiento del mundo*. Dedalus Editores.
- Nietzsche, F. (2000). *Crepúsculo de los ídolos*. Alianza Editorial.
- Unamuno, M. (1980). *Del sentimiento trágico de la vida*. Espasa-Calpe S.A.
- Schumacher, B. (2018). *Muerte y mortalidad en la filosofía contemporánea*. Ed. Herder.
- Schutz, A. (2003). *Estudios sobre Teoría Social*. Amorrortu Editores.
- Weber, M. (2001) *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Alianza Ed.